



AÑO LVIII

EL AMIGO DE LA INFANCIA

MADRID 11 DE ENERO DE 1931

NUM. 2



EL PROFETA ISAIAS

Isaias, cap. 9, v. 6 y 7; cap. 53, v. 4, 5 y 12.

Porque un niño no es nacido, hijo nos es dado; y el principado sobre su hombro: y llamaráse su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.

Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán término, sobre el trono de David,

y sobre su reino, disponiéndolo y confirmandolo en juicio y en justicia desde ahora para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará ésto.

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios

y abatido. Más él herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.

Por lo tanto yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fué contado con los perversos, habiendo él llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores.



LETRILLA DE SANTA TERESA DE JESUS

— —
 Nada te turbe,
 nada te espante,
 todo se pasa,
 Dios no se muda;
 la paciencia
 todo lo alcanza:
 quien a Dios tiene
 nada le falta;
 solo Dios basta.

GLOSA

Eleva el pensamiento,
 al cielo sube
 por nada te acongojes,
 nada te turbe.

—
 A Jesucristo sigue
 con pecho grande,
 y venga lo que venga
 nada te espante.

—
 ¿Ves la gloria del mundo?
 es sombra vana,
 nada tiene de estable,
 todo se pasa.

—
 Aspira a lo celeste
 que siempre dura;

fiel y rico en promesas,
 Dios no se muda.

—
 Amale, cual merece
 bondad inmensa:
 pero no hay amor fino
 sin la paciencia.

—
 Confianza y fé viva
 mantenga el alma;
 pues quien cree y espera
 todo lo alcanza.

—
 Del infierno acosado
 aunque se viere,
 burlará sus furoros
 quien a Dios tiene.

—
 Vénganle desamparos,
 cruces, desgracias;
 siendo Dios su tesoro,
 nada le falta.

—
 Id, pues, bienes del mundo,
 id, dichas vanas;
 aunque todo lo pierda,
 solo Dios basta.



UNA PARABOLA

— —
 Jugaba un niño, en el jardín de su casa, con una copa de cristal que, en el límpido ambiente de la tarde, un rayo de sol tornasolaba como un prisma.

Manteniéndola, no muy firme, con una mano, traía en la otra un junco con que golpeaba acompasadamente en la copa.

Después de cada toque, inclinando la graciosa cabeza, quedaba atento, mientras las ondas sonoras, como nacidas de vibrante trino de pájaro, se desprendían del

herido cristal y agonizaban suavemente en los aires.

Prolongó así su improvisada música hasta que, en un arranque de volubilidad, cambió al motivo de su juego: se inclinó a tierra, recogió en el hueco de ambas manos la arena limpia del sendero, y la fué vertiendo en la copa hasta llenarla.

Terminada esta obra, alisó, con primor la arena desigual de los bordes.

No pasó mucho tiempo sin que quisiera volver a arrancar al cristal, su fresca resonancia; pero el cristal, enmudecido, como si hubiera emigrado un alma de su diáfano seno, no respondió más que con un ruido de seca repercusión al golpe del junco.

El artista tuvo un gesto de enojo para el fracaso de su lira.

Miró, como indeciso, a su alrededor; sus ojos húmedos se detuvieron en una flor muy blanca y pomposa, que a la orilla de un cantero cercano, meciéndose en la rama que más se adelantaba, parecía rehuir la compañía de las hojas, a la espera de una mano atrevida.

El niño se dirigió, sonriendo, a la flor; pugnó por alcanzar hasta ella y aprisionándola, con la complicidad del viento que hizo abatirse por un instante la rama, cuando la hubo hecho suya la colocó en la copa de cristal, vuelta en ufano búcaro, asegurando el endeble tallo merced a la misma arena que había sofocado el alma musical de la copa.

Orgullosa de su desquite, levantó, cuanto pudo, la flor entronizada, y la paseó, como en triunfo, por entre la muchedumbre de las flores.

El ejemplo del niño dice que no debe-

mos empeñarnos en arrancar sonidos de la copa con que nos embelesamos un día, si la naturaleza de las cosas quiere que enmudezca.

Y dice luego que es necesario buscar, en derredor de donde entonces estemos, una reparadora flor; una flor que poner sobre la arena, por quien el cristal se tornó mudo.

No rompamos torpemente la copa contra las piedras del camino sólo porque haya dejado de sonar. Tal vez la flor reparadora existe. Tal vez está allí cerca...

Esto declara la parábola del niño; y toda filosofía viril, viril por el espíritu que la anime, confirmará su enseñanza fecunda.



EL HOMBRE DE LA CAPA ROJA

Acababa de terminar la guerra civil con la batalla de Muldorff en 1322, y Alemania, agitada por tan diversas causas, era víctima de la mayor consternación y esperaba que la soberbia de Luis de Baviera, el nieto de Rodolfo de Hapsburgo, trajera nuevas y lamentables complicaciones.

Así sucedió en efecto. Luis tomó el título de los romanos sin estar reconocido por el pontífice Juan XXII, y auxiliado de Mateo Visconti, jefe de los gibelinos italianos, de Colonna y de Federico de Sicilia, pasó a Italia, depuso al Papa y nombró en su lugar a Nicolás V, quien consagró a Luis emperador de Alemania.

Con tan fausto motivo, Luis de Baviera dispuso que en las grandes ciudades de su imperio se verificasen fiestas espléndi-

das con justas y torneos, a cuyo efecto se invitó a todos los magnates de la nación y a muchos del extranjero.

Se acercaba ya el día señalado por el monarca, y en una habitación de Francfort pobremente amueblada, hallábase pensativo un joven como de veintiseis años, pálido y de una hermosura varonil nada común.

—¿En qué piensas?—le interrogó un nuevo personaje que de improviso se presentó en la estancia.

Era el recién llegado un hombre alto, que cubría su cabeza con un gorro de terciopelo rojo, en cuyo lado derecho oscilaba una pluma del mismo color, prendida con un herrete de brillantes. Parte de su cara y de su cuerpo ocultábase bajo los pliegues de una capa también roja.

El joven, al ver interrumpidas sus cavilaciones, dió un salto y miró de frente al desconocido.

Después repuso:

—¿Me preguntas en que pienso? ¿Y a tí qué te importa? ¿Me conoces acaso?

—Sí, eres el conde de Wuteng; joven de no muy buenas costumbres, que ha sido arrojado del hogar paterno por su conducta licenciosa.

El conde miró aun más fijamente al de la casaca roja, como si quisiera conocerle a través de la tela que le cubría.

—Ignoro con quien estoy hablando, ni me importa saberlo—dijo el joven friamente—pero me extraña que con ese misterio entres en mi casa sin pedirme para ello la licencia.

—Me la tomo yo y basta—añadió con acritud el desconocido.

—¡Tal vez te pesel

El de la capa roja soltó una estrepitosa carcajada.

—¿Te ries?

—¿Pues qué he de hacer al oírte?

—¿Tan grande es tu poder que de él puedes servirte para eludir el castigo que daré a tu osadía?

—Más de lo que imaginarte puedes.

—Veremos.

El joven cogió una espada que tenía sobre la mesa y se arrojó sobre el de la capa roja; éste último dió un salto y desenvainando la suya, acometió al conde con tal denuedo que lo desarmó a los ocho segundos.

—Reconozco tu superioridad física—dijo el joven.

—Seamos, pues, amigos—añadió el desconocido.

Al ver un gesto desdeñoso del conde, aquel repuso:

—Te conviene a tí tanto como a mí.

—¿Qué me conviene?

—Sí, lo repito, te conviene. Cuando yo entré aquí, pensabas en el torneo que dentro de cuatro días se celebrará en Francfort.

—No lo creas.

—Te arrepentirás.

—Lo dudo.

—Hasta la vista.

—El diablo te lleve.

El desconocido salió de la estancia y el joven se quedó pensando en tan extraña visita y en quién pudiera ser aquel hombre misterioso.

—Es el diablo, sin duda, que venía a darme un tesoro a cambio de mi alma—murmuró—En mala ocasión vino.

(Continuará).